

Consideración y Valoración social del Budô



Kenshinkan dôjô 2017

En alguna ocasión escribí al Diario Regional HOY de Badajoz, para tratar de explicarle a los críticos de cine que aquellas películas tan mediocres que ponían en pantalla y con las que ellos se mostraban verdaderamente irónicos y ácidos, nada tenían que ver con las verdaderas Artes Marciales, y que deberían tener cuidado calificando esas producciones americanas o asiáticas con los nombres de las disciplinas del Budô: Karate-dô, Aikidô, etc. Eso, terminaba diciéndoles, es un agravio para los profesionales que dedicamos nuestro tiempo a su estudio y enseñanza.

En mi opinión, a pesar de haber popularizado en su momento las Artes Marciales, el cine llamado de acción ha contribuido también a que la sociedad, en general, equipare el hecho violento con la práctica del Budô, algo que, según la propia etimología de la palabra, no es sino la antítesis de aquello.

Fue una batalla perdida. Aún hoy, cuando miro la cartelera o en televisión aparecen escenas de matonismo que desembocan en un más que primario intercambio de golpes, se habla, en las críticas de cine, de Karate, Aikidô, etc.

Otro ejemplo de mala interpretación lo podemos encontrar también en la Literatura. He tenido, y tengo, en muy buena consideración la literatura de Mario Vargas Llosa, un hombre de una talla intelectual que no voy a descubrir, un humanista más que consolidado, liberal en lo político y fino observador de la actualidad.

Releía hace unos días uno de sus ensayos, titulado *“La Civilización del Espectáculo”*, disfrutando cada idea en él expresada y aprendiendo de los análisis que el Premio Nobel hacía de la situación que todos vivimos, un mapa que él mismo abría de par en par adentrándose en las múltiples manifestaciones de la Cultura –Arte, Literatura, Cine- poniendo en tela de juicio aspectos tan fundamentales como las nuevas tendencias del arte, las vanguardias, la alta cultura, etc.

En uno de los capítulos del libro, Vargas Llosa hace mención a los libros de Artes Marciales que, junto a otros por él también tildados de mediocres, llenaban las estanterías de una librería parisina en la que buscaba, afanosamente, un volumen filosófico de un ensayista contemporáneo.

No era la primera vez que leía en los trabajos de este autor un comentario despectivo sobre las Artes Marciales. En uno de sus artículos publicados en EL PAÍS, el escritor dejaba entrever, una vez más, la mala opinión que tiene de nuestro Arte. En aquella ocasión, valoraba más que positivamente el Tai Chi Chuan, una disciplina que, a su juicio, no tenía parangón con las prácticas *“embrutecidas”* que se proponen desde el Budô.

¿Qué hemos hecho mal los budokas para que un hombre de la talla de Mario Vargas Llosa –y otros que no nombro pertenecientes a distintos colectivos, como periodistas o críticos de cine- opine así de nuestro trabajo...?

Hace ya treinta años, con el sano motivo de encontrar patrocinio para llevar a cabo un viaje de estudios a Japón, tuve la oportunidad de reunirme con el Club Rotary de Badajoz. Gracias a la mediación de un familiar muy querido fuimos recibidos por un grupo de empresarios del tejido industrial de nuestra Ciudad, a los que se sumaban otros distinguidos profesionales del ámbito de la salud, la administración pública, etc. Muchos de aquellos miembros del Rotary eran hombres de edad avanzada, para quienes aquella reunión no era, en un principio, más que una deferencia con uno de sus más ilustres socios: nuestro interlocutor.

Llegada la hora del encuentro en uno de los más prestigiosos hoteles de Badajoz, acudimos puntuales a nuestra cita. El ambiente era expectante, dos jóvenes profesores de Artes Marciales venían a sumarse a la tertulia semanal del Rotary Club, con el ingenuo propósito de exponer un proyecto de investigación que tomaba como punto de partida la necesidad que tenían de reforzar su formación profesional -una ocupación tan poco conocida y con tan escaso respaldo social- con un viaje a la cuna del Budô.

Hechas las presentaciones comenzamos a desgranar nuestros objetivos, haciendo partícipes a aquellos ilustres oyentes de nuestro amor por el trabajo que desarrollábamos, la dilatada historia de nuestras tradiciones, los valores humanísticos que simbolizan, sus aportaciones posibles en el campo de la Salud o la Educación.

El encuentro fue un éxito, no sólo porque el presidente del Club nos brindara apoyo logístico, ofreciéndonos los contactos de sus sedes en Japón, sino también por el interés que despertaron los argumentos allí vertidos, unas inquietudes que todos ellos nos devolvieron en forma de preguntas dirigidas desde todas las variables desplegadas sobre la mesa.

Aquellos distinguidos hombres de negocios de Badajoz conocieron por primera vez el calado de las tradiciones del Budô y nosotros, en el fondo de nuestros corazones, creímos haber contribuido a enaltecer el buen nombre del trabajo que realizábamos y al que dedicábamos nuestras vidas.

Sí. Aquella pequeña conquista fue posible gracias a la exposición integral del contenido de nuestro Arte.

Mi maestro, Tetsutaka Sugawara, es un exponente que encaja con las ideas que pretendo expresar en este escrito. En alguna ocasión he acompañado al Sensei a la reunión anual que preside junto a otros dirigentes de asociaciones de padres y madres de alumnos/as de Machida. En efecto, mi profesor es presidente de una confederación de asociaciones de padres y madres de alumnos de su Ciudad, ejerciendo como tal las funciones que le conciernen, siendo un miembro activo de la comunidad a la que pertenece y con la cual se siente comprometido. Esta consideración hacia la valía de su persona se debe tanto a su talla humana como a su condición de maestro de Budô.

Así es. En Japón aún se mantiene esa valoración, asociándose la enseñanza de las Artes Marciales Tradicionales a la talla humana de las personas que ejercen su docencia. Ejemplos más que notables podemos encontrarlos en todo el ámbito del Budô japonés, así como en el Karate y Kobujutsu de Okinawa. Por ejemplo:

- Los nombramientos como "*Tesoros Culturales Vivientes*" de los maestros de las Artes Marciales Tradicionales.
- Las distinciones como "*Bienes Culturales Intangibles*" de las Escuelas del Bujutsu Clásico de Japón.
- La valoración de la Universidad de Budô de Katsuura, en la Prefectura de Chiba, como referencia nacional e internacional de muchos investigadores de las Artes Marciales.
- La inclusión en los planes de estudio de los colegios públicos de distintas disciplinas del Budô, tales como: Karate-dô, Judô, Kyudô, etc.

A mí, las críticas hechas desde el desconocimiento capaces de reunir en un solo calificativo todas y cada una de las Artes Marciales y encerrar en un solo paquete a todos los practicantes que dedican tiempo, esfuerzo, inteligencia y sensibilidad a su estudio me provocan una sensación de estupor, cuando no de rabia e impotencia. Ese absurdo reduccionismo es del todo injusto, irreal y profundamente sesgado.

No obstante, la pregunta sigue en el aire:

¿Cómo podemos hacernos valer los budokas...?

Y, aún más:

¿Cómo despertar la consideración, la valoración, el reconocimiento de nuestro entorno social, hacia el trabajo que realizamos cada día...?

Yo creo que la solución, si es que la hay, bien pudiera pasar por la vuelta a las directrices que proponen las formas del Budô Clásico, parámetros que se expresan desde la perspectiva de los Valores Humanos, la Educación, la Salud, la Historia o la Filosofía, un bagaje que nunca debió minusvalorarse, cuando no olvidarse, en beneficio de las conquistas menores que se proponen desde los métodos más actuales, éstos que salen a la luz procedentes de las vanguardias o de las trans-vanguardias, sistemas que, casi siempre ante ojos de neófitos, exponen contenidos violentos con poca o nula ética, una estética de matonismo y una moral más que deficitaria.

Además, hay que reforzar la profesionalidad, controlar la masificación de la enseñanza, redescubrir la práctica por la práctica, alejándose del deporte de competición como camino unilateral, redescubrir nuestros valores, saber transmitirlos en los medios de comunicación, blogs, libros, etc.

Sí.

Rescatemos del olvido algunas ideas que nunca debimos dejar atrás:

- No trabajamos en centros deportivos, enseñamos en Escuelas.
- No somos monitores, ni coachs, ni preparadores, somos Profesores.
- No tenemos clientes, son Alumnos y Alumnas quienes nos acompañan.
- No fomentamos la violencia, transmitimos Valores Humanos.
- Ni la Enseñanza es una mercancía, ni la Escuela es un mercado.
- Una Escuela de Budô es útil para la Arquitectura de la Educación.
- El estudio del Budô es una fuente de Salud.
- Nuestra Enseñanza no es apriorística, es una tarea que nos ocupará toda la vida.

No soy el único que defiende que, aún teniendo un origen muy antiguo, el equipaje cultural del Budô no deja por ello de ser actual; en efecto, esto es así por haber resultado ser durante generaciones una actividad profundamente útil al medio social en el que se ha desarrollado y al cuál ha pertenecido.